



LIBRO CUARTO.

**De fundaciones de Colegios de la Compañía de Jesús
en la ciudad de los Angeles,
frutos que por medio de sus ministerios se han cogido, y sujetos
de la misma Compañía que aquí murieron,
habiendo dado señalados ejemplos de religión y virtud.**

CAPITULO I.

**DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD DE LOS ANGELES, DE SU POBLACIÓN
Y COMARCAS.**

SIGUIENDO el estilo que hasta aquí habemos guardado de hacer descripción de los lugares y puestos de la Nueva España donde la Compañía de Jesús ha fundado sus Colegios y casas, y en ellas ha ejercitado sus santos ministerios en beneficio de las repúblicas y de los prójimos, llegando aquí á historiar lo que en la ciudad de los Angeles con el favor de la divina gracia se ha obrado, escribiremos aquí brevemente lo que toca á esta ilustre ciudad, llamada por otro nombre Puebla de los Angeles, la cual, según tradicion y verdadera noticia de los antiguos, fué fundada primero en su gentilidad de indios naturales, los cuales por las continuas guerras con que los enemigos circunvecinos los apuraron, la despoblaron, quedando el sitio destruido y asolado hasta que los españoles la escogieron para planta de una de las mejores ciudades que en este Nuevo Mundo fundaron, á quien dieron por título y renombre la Puebla de los Angeles. Cae á la parte del Oriente, veintidós leguas apartada de la ciudad de México. Entre una y otra se atraviesa la sierra y volcán cubierto de nieve el más alto y levantado, después de otro que llaman de Orizaba que se ve en este Reino. Echaba antiguamente de

su cumbre gran cantidad de humo y ceniza, pero esto paró pocos años después que los españoles llegaron á esta tierra, y hoy estando cubierta su cima y vertientes de nieve, hacen lo alto de este volcán inaccesible. Lo más bajo y faldas de la sierra hasta el llano, está poblado de hermosísima arboleda, de altísimos cedros, pinos, encinos y otros muchos árboles de cuya espesura se saca la preciosa, gruesa y fuerte madera que en las ciudades de México y los Angeles, y otras muchas partes se gasta. Del volcán y nieves que de él se derriten y desatan nacen algunos ríos de buenas y cristalinas aguas, en especial, por la parte que mira al Mediodía en que es la tierra caliente por estar con el mismo volcán defendida del Norte y vientos aquilonares y fríos. No muy distante de este volcán y á su vista está situada la ciudad de los Angeles en una gran vega rodeada de muy extendidas y apacibles llanadas. Por medio de ella pasa un grande arroyo que fertiliza algunas huertas, fuera de otros ojos y manantiales, algunos de agua muy buena, y otros de salobre y azufrada. Es el puesto muy sujeto á rayos y tempestades por las exhalaciones que del volcán y otra sierra que llaman de Tlaxcala, que la tienen en medio, continuamente se levantan. Aunque este rigor se ha templado mucho después que esta ciudad tomó por su patrón contra estas tempestades al gran Patriarca San José, esposo de la Santísima Virgen, á quien dedicó un hermoso templo que sirve de parroquia, y donde con grande solemnidad se celebra su fiesta cada año.

Aunque esta ciudad á sus principios y aun algunos años después estuvo corta y con poco número de vecinos españoles, pero ha ido creciendo con tanta pujanza, que es hoy en gentío y nobleza, en hermosura y grandeza de templos y edificios después de la México, la más populosa y de más lustre y comercio de la Nueva España. Reside en esta ciudad la silla episcopal de este rico y extendido Obispado, que se intitula de Tlaxcala, porque como la ciudad de los Angeles no se había aún bien poblado cuando vino su primer Obispo electo por el señor Emperador Carlos V, tomó la posesión en la de Tlaxcala el año de 1529, por ser entonces cabeza de esta Provincia y de donde comenzaba el Obispado. La muy suntuosa Iglesia Catedral de la ciudad de los Angeles, de tres majestuosas naves de hermosas bóvedas, la más perfecta y acabada que hoy hay en este Reino, tan bien servida de música en sus fiestas, con tanta riqueza de plata y ornamentos, tan ilustre por lo docto, grave y autorizado de su Cabildo y clero, que puede parecer muy bien entre la más aventajada de otros muchos Reinos. Ilustra también á esta ciudad su Cabildo secular con su alcalde mayor que le preside, y cargo que es de los más principales y nobles que provee el Virrey de la Nueva España. Resplandecen también en ella y la acompañan nueve conventos de las sagradas religiones de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, Nuestra Señora del Carmen, de las Mercedes, de la Compañía de Jesús y del bienaventurado San Juan de Dios, y siete monasterios de monjas, poblados con grande número de generosas plantas de religiosas, y casi todos los dichos conventos y monasterios de grandes fábricas y templos con mucho lucimiento y adorno, fuera del Colegio Seminario de colegiales de San Jerónimo que está á cargo de la Compañía, y otras ermitas y hospitales que son de no poco lustre y utilidad á los ciudadanos.

El Obispado tiene de largo cien leguas, y alcanza desde la costa del mar del Norte á la del Sur; confina por una banda con el Arzobispado de México, y por otra, con el Obispado de Oaxaca; y el de los Angeles, dentro de su distrito, tiene las mayores ciudades de indios que fuera de la de México hubo en la Nueva España, y estas en contorno y muy cerca de la ciudad de los Angeles: estas son la de Tlaxcala, ocho leguas distante á la banda del Norte, en su gentilidad populósima y de gran valor, cuyo rey continuamente traía guerra con el de México, por lo cual y por verse libres del yugo mexicano, se vinieron con el invictísimo capitán Fernando Cortés, que con esta ayuda experimentó los prósperos sucesos de la conquista; y por ser tan beneméritos de la corona Real de Castilla los tlaxcaltecos desde el tiempo del señor Emperador Carlos V, fueron tenidos por nobles y libres del pecho y tributo que pagan el resto de los demás indios. A la parte del Oriente, á seis leguas está la ciudad de Tepeaca con gran número de pueblos que le pertenecen y dos leguas al Poniente la de Cholula, de donde salían antiguamente veinticinco mil hombres de guerra, y otras tres leguas á un lado las ciudades de San Salvador y Huejotzingo. Cuando se fundó la Puebla todas tenían gran copia de gente, y ahora son de las mejores y más llenas poblaciones de indios y juntamente de españoles que hay en la Nueva España. Todas estas ciudades fueron convertidas de su gentilismo á nuestra santa fe por los religiosos del Seráfico Padre San Francisco y las sustentaron en ella con su santa doctrina más de 120 años, hasta que fueron despojados de ellas y sus feligresías por el Obispo D. Juan de Palafox, que en lugar de los religiosos que á estos indios habían engendrado en Cristo desde el punto que los convirtieron, puso clérigos seglares que los administrasen. Acción sobre que ha habido variedad de sentencias y opiniones, y no han faltado quienes hayan juzgado que esto fué quitar á los padres de sus hijos ó quitar los hijos á sus padres. Esta causa está pendiente por razón del Patronato Real en el Consejo Real de las Indias cuando esto se escribe. Otros muchos pueblos tiene en su contorno y comarca, fuera de los dichos, la ciudad de los Angeles, que la hacen muy célebre porque á seis leguas está el hermoso y fertilísimo valle de Atlixco, cuyas abundantísimas cosechas de trigo no dependen de los temporales de lluvias, por fertilizarlas el riego de un río de que goza, y es el que provee á México y su comarca de abundancia de trigo por Mayo y Junio, que es cuando se siega, y á la Iglesia de los Angeles enriquece con sus diezmos. Finalmente, casi toda la tierra de este Obispado es muy sana, poblada de gente y muy abundante de lo necesario á la vida humana por la fertilidad de sus pueblos y valles. Cien beneficios de clérigos, y entre ellos algunos de gran riqueza, son los que hoy provee el Obispado de los Angeles en su Diócesis, fuera de algunas doctrinas que quedan á cargo de religiosos de San Agustín y muy pocas á los Padres de San Francisco.

CAPITULO II.

DE LA PRIMERA CASA Y MORADA

QUE TUVIERON LOS DE LA COMPAÑÍA EN LA CIUDAD DE LOS ANGELES,
Y MINISTERIOS QUE EN ELLA COMENZARON Á EJERCITAR.

Desde que la Compañía de Jesús llegó al Reino de Nueva España, fué muy deseada y bien recibida en la ciudad de los Angeles, como se vió en el capítulo X del libro 1º, donde dijimos las singulares muestras de benevolencia y amor con que fueron hospedados en esta ciudad los primeros Padres, que con celo santo del bien de las almas venían á cultivar el extendido campo que les ofrecía el Señor en este nuevo mundo; y aunque los nuestros experimentaron tan benignos los ánimos de la gente, y tan inclinados á la Compañía que no sólo los agasajaron como á huéspedes, sino que pagados de su buen trato, les convidaban y rogaban que se quedasen en la ciudad, prometiéndoles lo necesario para casa y sustento, pero por ser forzoso venir á presentarse con los recados que traían á México, se excusaron por entonces de admitir esta liberal oferta. Pero el muy noble Arcediano de esta santa Iglesia, D. Francisco Pacheco, hacia tan grande estimación de la Compañía, que no cesaba de pedir y solicitar por varios medios la fundación de un Colegio en unas casas suyas que para esto tenía dedicadas, en cuya portada, como dijimos arriba, había grabada esta inscripción en una piedra: *Iusti intrabunt per eam*. Moción debió ser de Dios la que tuvo para poner esta singular inscripción en casa que, como después veremos, había de ser de la Compañía, y cuando el título se grabó aún no habían venido los de ella á este Reino. También el Ilmo. D. Antonio de Morales, que siendo Obispo de Michoacán, había ordenado y comunicado al P. Juan Curiel, y pasando por México á su nuevo Obispado de la ciudad de los Angeles, había cobrado mucha afición á los ministerios de la Compañía, y ponía calor á que fuese á fundar casa en esta ciudad. A este mismo intento hacían instancia juntamente el Cabildo eclesiástico y secular, y por esta causa, ya que no de asiento pero por lo menos en Misión, fueron enviados varias veces algunos sujetos por no desconsolar á los que con tantas ansias y deseo del bien público pedían que fuesen los de la Compañía á su ciudad. Murió el señor Obispo perdiendo en él esta Iglesia un gran Prelado de mucha piedad, celo y religión y otras aventajadas cualidades. Y habiendo ido á esta sazón el P. Hernando de la Concha con otro Hermano en misión á aquella ciudad y su comarca, la Cuaresma del año de 1578, trató la Sede Vacante con más solicitud que nunca este negocio, y pidió con resolución al Padre Provincial la asistencia de la Compañía en la ciudad de los Angeles, donde era tan importante su doctrina. Dió orden el Provincial para que esto se pusiese en ejecución, y manos á la obra, comprando las casas del Arcediano, que aunque no las dió de limosna por obligaciones muy justas á que acudía, pero diólas con mucha comodidad y en mucho menor precio del que merecían, porque eran nuevas y una cua-

dra de la plaza en el mejor sitio de la ciudad, alhajáronse y acomodóse para Iglesia un pedazo de un cuarto bajo. Escogióse por superior al P. Diego López de Mesa, uno de los quince primeros que á este Reino vinieron, que á la sazón era Ministro del Colegio de México, el cual luego puso manos á la obra, y con su religioso y apacible trato ganó los vecinos de la ciudad, de suerte que comenzaron á socorrernos con algunas limosnas; pero el cuidado de pagar las casas y comprar otras para ensanchar nuestro sitio hasta que fuese bastante para Colegio, se llevaba lo que se podía juntar, y así, no fueron pocas las incomodidades y trabajos que en aquellos principios se pasaron; si bien, la diligencia del P. Diego López ayudó no poco para que no fuese mayor la necesidad, porque salía por el Obispado á recoger limosnas para sustentar á los súbditos que Dios le había encomendado, no reparando, como buen Pastor, en pasar soles y fatigas de caminos por su rebaño. Y aunque la pobreza y necesidad que en sus principios pasaban los nuestros en aquella nueva casa, eran tan grandes que el P. Dr. Juan de la Plaza, Visitador de esta Provincia, por nuestro P. Everardo Mercuriano, General que entonces era, trataba con todas veras de removerla y quitar los sujetos de ella, quedando para mejor tiempo la fundación de Colegio con fin de no ser cargo á los ciudadanos, que en este tiempo eran muy pocos respecto de la grandeza que hoy tiene esta ciudad; pero como no retardan á los de la Compañía las incomodidades, peligros y trabajos, cuando interviene la caridad de los prójimos, y el remedio y aprovechamiento de sus almas, con más acertado y maduro consejo se determinó que no desamparasen aquel puesto en que el Señor les ponía, por más esterilidad, pobreza y falta de lo necesario que padeciesen. Y así, confiando en la providencia particular que Dios tiene de los suyos, y en su palabra y promesa que á los que buscan el Reino de Dios y su justicia, se les darán todas las cosas, alentados los nuestros comenzaron á tender las velas de su fervor y espíritu con todo género de gentes, ayudando á todos, confesando con mucho provecho de los penitentes, enseñando la doctrina á los niños y rudos, visitando á los enfermos en Hospitales, consolándolos, asistiéndoles á bien morir, predicando sermones provechosos con que cada día iba experimentando la ciudad gran fruto con tan piadosos ejercicios y santos ejemplos. Y como ellos cumplían como fieles siervos y Ministros del Evangelio con su deber, disponía Dios que no les faltase cosa de lo necesario para la vida, proveyéndoles ya abundantemente con muchas limosnas. Porque ponderando los de la ciudad el beneficio grande y general que su república recibía de los religiosos de la Compañía, y que eran el común refugio y amparo en las necesidades espirituales de todos, por pobres y desvalidos que fuesen, acudiendo con igual amor y puntualidad al rico y al que no lo era, cultivando las tiernas plantas de la juventud, que salía de esta escuela muy aprovechada en letras y costumbres, y finalmente, viendo el desinterés con que en tantas ocupaciones se ejercitaban, movió los ánimos de la gente á hacer muy alto concepto del Instituto de la Compañía, y aficionarse tanto á ella, que ya la socorrían con frecuentes limosnas en este tiempo. Fué señalado por segundo Rector el P. Dr. Pedro de Morales, que con su afabilidad, industria y solicitud en los ministerios, robó los corazones de tal manera, que cada día procuraban con mayor liberali-

dad el aumento de nuestra casa. Señalóse muy en particular en favorecernos un ciudadano muy rico y limosnero llamado Juan Barranco, inclinado á obras de piedad y servicio de Nuestro Señor, el cual en su muerte, de su mucha hacienda fundó un convento de monjas en esta ciudad, junto con Colegio de doncellas honradas que en él se crián. Este muy piadoso ciudadano pagó las deudas de las casas en que vivíamos, acabó de comprar las vecinas y necesarias para el sitio, y empezó á labrar el muy hermoso Templo de este Colegio desde sus cimientos hasta la mitad de este edificio. Como las cosas iban tomando mejor asiento, pareció conveniente abrir de propósito escuelas de latinidad, y al principio del año de 1579 fué señalado el P. Antonio del Rincón (de cuya religión y ejemplares virtudes haremos después la debida memoria) como eminente en la lengua latina para primer fundador de aquellos estudios y primer Maestro de aquella juventud. Y por el mucho provecho y acrecentamiento de los estudios que se había experimentado en México con el Colegio de colegiales de San Ildefonso, se fundó á imitación suya en la Puebla el Colegio Seminario de San Jerónimo, de cuyos frutos diremos adelante en su propio lugar. No se olvidaba la Compañía en este tiempo de los pobres indios, empleo y ministerio de que han hecho siempre tanto aprecio y estimación los hijos de la Compañía. Y así, entre las primeras ocupaciones que entonces se entablaron, fué la enseñanza de ellos á que dió principio el mismo P. Antonio del Rincón, que con elegancia y ventajas sabía la lengua mexicana, no embarazándose en los estudios y Colegio de San Jerónimo de que juntamente cuidaba, extendiéndose á mucho más la caridad y celo del bien de estas almas que ardía en su pecho. Y ese santo celo le enseñaba á distribuir su tiempo de manera que ni faltase al gobierno del Seminario de San Jerónimo, ni á las lecciones de sus estudiantes, ni á los indios, así sanos como enfermos, que de todas partes le buscaban movidos de sus pláticas y sermones. Estos los predicaba muchas veces en el célebre Hospital de San Pedro, cercano á nuestro Colegio, por no haber entonces en nuestra casa lugar desocupado para sus juntas. Los jueves predicaba en la plaza, donde tenían su tianguis ó mercado general, y los demás tiempos que le daban lugar las otras ocupaciones, empleaba en la visita de los obrages, que en esta ciudad eran más que en otra alguna de la Nueva España, consolando el gran número de indios que en ellos hay, doctrinándolos por estar muy faltos de enseñanza y sin alguna inteligencia de los misterios de nuestra santa fe. Estos eran los ejercicios y ministerios en que los nuestros se empleaban, hasta que se multiplicó el número de obreros con la muy señalada fundación que Dios Nuestro Señor dispuso para este Colegio, como ya veremos.

CAPITULO III.

FUNDACIÓN DEL COLEGIO DEL ESPÍRITU SANTO, QUE HOY TIENE
LA COMPAÑÍA DE JESÚS, EN LA CIUDAD DE LOS ANGELES,
Y LAS ILUSTRES VIRTUDES
DE SU FUNDADOR D. MELCHOR DE COVARRUBIAS.

Nunca se ha olvidado la divina Bondad de socorrer á los de la Compañía y aumentar lo temporal de sus Colegios, en que tan desinteresadamente se ocupan así en el bien público como en el particular de los prójimos, pretendiendo por bastante paga de sus trabajos (como se lo enseñó su santo Patriarca San Ignacio) y teniendo por blanco de sus acciones la mayor gloria de Dios, por lo cual el que es Padre de misericordias con su alta y paternal Providencia ha dispuesto que en los Reinos y ciudades donde ha entrado la Compañía haya habido personas tan piadosas, que se han preciado de emplear buena parte de los bienes que Dios les ha dado en el edificio de sus Colegios y sustento de sus religiosos que se ocupan en el bien y aprovechamiento general de las repúblicas y salvación de las almas. Así lo experimentó la Compañía en la ciudad de los Angeles, donde después de haber estado 9 años trabajando sin fundación de propio Colegio, al fin de ellos, movió el ánimo del muy noble ciudadano D. Melchor de Covarrubias, varón verdaderamente piadoso, á ser nuestro fundador, aplicando en vida y en muerte para esta fundación, con celo del mayor bien de esta ciudad, buena parte de su hacienda. Habíase aficionado mucho este caballero á la Compañía con el trato y comunicación del P. Dr. Pedro de Morales, que con su afabilidad, prudencia y ejemplar vida llevaba tras sí los ojos y voluntades de todos. Supo la honra que la Compañía en México había hecho á su insigne fundador D. Alonso de Villaseca, y cuán bien se había logrado y lucido la hacienda que en su Colegio había gastado, con que se resolvió á declararse con el P. Pedro de Morales, diciéndole los deseos que Dios le había dado de fundar el Colegio de los Angeles, y preguntándole si le admitirían por fundador, y con qué calidades y condiciones se admitía uno por tal en la Compañía, el Padre le declaró lo que en esto había y lo que la Compañía usaba hacer con sus fundadores, los privilegios y gracias de que gozan, y el agradecimiento perpetuo que esta sagrada religión conserva á tan grande beneficio. Esto le encendió más el deseo de emplear en obra tan provechosa su hacienda, y escribió luego sobre el negocio al P. Antonio de Mendoza, Provincial que entonces era de esta Provincia, el cual le respondió agradeciéndole su determinación, y dándole buenas esperanzas de que se aceptaría su fundación y se le cumplirían sus deseos, como sucedió. Porque el Padre Provincial fué á tratar de esta tan buena obra á la Puebla, y pagado de las muchas prendas de nobleza, de piedad y singular afición á la Compañía de D. Melchor de Covarrubias, admitió con mucho gusto su fundación y se hicieron las escrituras á 15 de Abril del año de 1587. Aquel mismo día el fundador pesó por sus manos veintiocho mil pesos de plata, con tan singulares demostraciones del gusto y contento con que los daba

para tan santa obra, que se echaba bien de ver que le comenzaba el Señor á pagar de contado ésta tan señalada que por su amor hacía. Y así le envió á decir al Padre Provincial que aquel era el día de mayor consuelo, paz y alegría que en todos los de su vida había tenido, por haber ofrecido á Dios con tan buena voluntad aquel dinero, de que se había de servir tanto la divina Bondad, y ser de tanta utilidad á aquella república. Al fin de sus días, haciendo su testamento este insigne benefactor, acordándose de prenda que tanto amaba como la de este Colegio, lo dejó por heredero del remanente de sus bienes, fuera de treinta y un mil pesos que mandó se gastasen en limosnas y muchas obras pías que dejó señaladas en su testamento, las cuales luego se cumplieron el mismo año que murió. Siendo Provincial el Padre Maestro Pedro Díaz, que cometió la ejecución de todo al P. Juan de Loaiza, Rector que á la sazón era de este Colegio, al cual le cupieron como otros cuarenta mil pesos del remanente, de suerte que con los veintiocho mil y otras limosnas que en vida le hizo su piadosísimo fundador, tuvo el Colegio del Espíritu Santo setenta y dos mil pesos de fundación, los cuales han tenido dichosísimo empleo: buena parte de ellos en la fábrica de un muy hermoso templo de que después diremos, y lo demás en algunas haciendas de campo de que se han sustentado y sustentan más de treinta religiosos, que bien ocupados en los ministerios de nuestra Compañía, viven ordinariamente en este Colegio, en el cual algunos años también estuvo el noviciado de esta Provincia.

Por no haber tenido sucesor ni heredero forzoso nuestro fundador, aunque tenía algunos parientes, dejó por sucesora del patronazgo á la serenísima Reina de los Angeles, á cuyo patrocinio encomendó su Colegio. Y el día de la gloriosa Santa María Magdalena (que por su devoción eligió para celebrar la fiesta titular de la Iglesia) se le ofrece á la Virgen Santísima cada año (como es costumbre) una candela encendida en un blandón de plata delante de su altar, que es la que se le había de dar al fundador si estuviera presente. La advocación de su Iglesia quiso que fuese del Espíritu Santo, debajo de cuya protección y nombre ha estado siempre, juntamente con el de la Santísima Virgen. Y así no es de admirar que estando este Colegio debajo del amparo y defensa de tan poderosos Pastores, haya tenido y tenga cada día tan felices sucesos espirituales y temporales, como adelante veremos.

Y pues fué tan singular el beneficio con que favoreció el muy noble D. Melchor de Covarrubias á la Compañía con una tan señalada fundación, y los ejemplos de virtud que dió en vida y en muerte son dignos de memoria, razón será que antes de cerrar este capítulo hagamos la honorífica mención que merece su afecto, piedad y beneficencia para con la Compañía, la cual vivirá perpetuamente agradecida á tales beneficios. Fué este piadoso caballero primo del Presidente de Castilla D. Diego de Covarrubias, bien conocido y aclamado en el mundo por sus doctos escritos; era hombre de ánimo generoso y á quien el cielo no sólo enriqueció de bienes temporales, sino también de los espirituales. Tan poco avariento de sus riquezas, que la inclinación que en él más resplandecía era la misericordia y liberalidad con los pobres. No hubo pobre á quien conforme á su calidad no remediase, no hubo monasterio á quien con poco ó mucho no ayudase;

ni hospital que con sus limosnas no se hubiese mejorado. Y finalmente, no hubo obra pía de que se le diese cuenta, en que él no tuviese muy gran parte, reconociendo con el buen entendimiento de que Dios le había dotado, que la abundancia que le había dado su Majestad era para que de ella fuesen herederos los pobres. Por lo cual en el testamento que hizo en su última enfermedad, toda su hacienda se repartió en muchas obras pías y entre pobres. Y habiendo sido en vida y muerte tan liberal para con Dios y tan misericordioso para con sus pobres, bien se deja entender cuánto lo sería Dios para con él en vida y muerte. Resplandecieron en él costumbres muy cristianas y una gran compostura y modestia, por cuya causa nunca se quiso casar. En la enfermedad de que murió admiró á todos su devoción, sus lágrimas, su contrición, el deseo de verse con Dios; siempre fué muy devoto de la Santísima Virgen, y así mandó que en su nombre se le diese cada año la candela. Tenía un afecto tiernísimo á la gloriosísima Magdalena; la estima que en vida hizo de nuestra Compañía fué singular, pero la que en la hora de la muerte mostró, excedió á todo lo pasado. Murió á 25 de Mayo de 1592, dejándonos prendas de que le coronó la divina Majestad con el premio eterno en la gloria: hizo-se un solemnisimo entierro y exequias, y se depositó su cuerpo en la Iglesia que entonces teníamos, mientras se acababa de edificar el hermoso templo de que escribiremos en el capítulo siguiente, al cual después se trasladaron solemnemente sus huesos, que descansan en un cenotafio ó sepulcro muy honroso á un lado del altar mayor, como se dirá adelante.

CAPITULO VIII.¹

DEL SEMINARIO QUE CON TÍTULO DE SAN JERÓNIMO
PARA ESTUDIANTES COLEGIALES FUNDÓ LA COMPAÑÍA DE JESÚS
EN LA CIUDAD DE LOS ANGELES,
Y EL FRUTO QUE DE ÉL HAN SACADO EN LETRAS Y VIRTUD.

No dejaron piedra por mover los de la Compañía, luego que entraron en la ciudad de los Angeles, para adelantarla en todo género de piedad y letras, y que en ella con los ejercicios virtuosos resplandeciesen juntamente los literarios, porque á una de las mejores, más populosas y políticas ciudades de estos Reinos, no faltase la buena enseñanza é instrucción de la juventud, que tanto adorna y ennoblece una república cristiana. Es esta ciudad y su comarca, madre fecunda y abundante de despiertos y lucidos ingenios inclinados de suyo á letras, los cuales con el poco cultivo y viveza de natural, cuando la Compañía vino á este Reino vivían con alguna soltura, y necesitaban de operarios que cuidasen de su cultura y guiasen en virtud y letras aquellas tiernas plantas. Y habiendo experimentado los de la Compañía en todas partes, y muy en particular en la ciudad de México, que uno de los medios más á propósito para plantar, acrecentar y afirmar esa virtud y letras en los ánimos de la juventud, es la fundación de los Seminarios, donde viven con recogimiento y sin ocasión

¹ Los capítulos IV al VII faltan en el manuscrito.

de otros divertimientos, trató luego, aun antes de tener fundador su principal Colegio, que se dispusiese un Seminario donde los hijos de los vecinos honrados de la ciudad de los Angeles estudiasen, y los que viniesen de fuera, por falta de comodidad no desistiesen de tan loable y provechoso ejercicio, y para ponerlo en ejecución, de las limosnas que juntaron, se compraron unas casas vecinas á nuestro Colegio, y en ellas fundaron el Seminario debajo del título y patrocinio del Doctor de la Iglesia San Jerónimo, y en él se recogieron en breve más de treinta colegiales con sus mantos y becas á imitación de los de México, creciendo después el número con bien conocido aprovechamiento en las costumbres, y para ejemplo y dechado de los demás estudiantes. Y como cada día corría la fama del nuevo Seminario y se veía á los ojos el fruto tan grande y tan admirable de él, se iba aumentando y llenando de mancebos que de toda la comarca venían, de buenas esperanzas y habilidades, y que hacían raya entre todos sus condiscipulos, sirviéndoles de espuela y motivo para incitarles y hacerles correr en la carrera de las letras.

Encargóse á los principios el cuidado de este Seminario al P. Antonio del Rincón, cuyo fervor y celo del bien público ni se estrechaba á ocupación ni se encerraba en sólo un ministerio, y con su excelente gracia y talento comenzó á imprimir en los tiernos ánimos de aquellos jóvenes como en blanda cera, los ejercicios cristianos y virtuosos que después han llevado adelante y conservado sus sucesores. Porque fuera de los ordinarios de oír Misa cada día, y confesar y comulgar cada mes, se les cantaba en una capilla interior todas las noches la Salve, y otras veces, las vísperas de la Santísima Virgen, á canto de órgano con motetes y villancicos, y todos los sábados un muy devoto miserere para los que quisiesen hacer disciplina, á que acudía de ordinario lo más del Colegio, preparándose no pocos con esta penitencia para comulgar el día siguiente. Entrañóseles la devoción de la Virgen que mostraban en los efectos, ayunando muchos todos los sábados del año y vísperas de sus fiestas con el rigor de los ayunos eclesiásticos; y había algunos tan devotos y fervorosos, que con solo pan y agua pasaban estos días, añadiendo otras asperezas y penitencias que su espíritu y devoción en honra de esta Señora les dictaba. Y pasaba tan adelante el fervor de algunos de estos mancebos de tierna edad, que domaban su carne con rayos y cilicios, y no pocas veces dormían en tablas, teniendo, como si fueran religiosos, sus ratos de oración mental y exámenes de conciencia, y para su mayor aprovechamiento espiritual, dedicaron en este tiempo las quietes de los miércoles para explicación del catecismo y conferencia de puntos espirituales. La misericordia que con los pobres usaban era grande, dándoles de comer y sirviéndoles las fiestas de la Virgen con mucho gusto, buscándoles por toda la ciudad con singular diligencia la limosna; los que en tan santos ejercicios se ocupaban, bien se deja entender cuán llenos estarían del temor santo de Dios, fuente de los bienes espirituales y el que conserva la devoción. En dos ó tres ocasiones sucedió haciendo el Padre Rector razonamiento de algún caso de edificación ocurrente al tiempo de la recreación de la noche, desde esa hora hasta el amanecer, no se vació la capilla ni cesaron las confesiones, como si no tuvieran más término que el preciso de aquella noche para prepararse para la muerte.

De tales medios como estos, y otros muy devotos y espirituales, usaban para salir con ventaja en sus estudios, y encomendándose y tomando por abogado algún santo de su devoción para conseguir con su ayuda los felices sucesos y progresos que pretendían. Esto se vió y experimentó en un mancebo que siendo de corta capacidad y rudo para las letras se encomendó al Bienaventurado Hermano Luis Gonzaga, de nuestra Compañía, pidiéndole afectuosamente corriese por su mano la mejora de su habilidad, y que le alumbrase y despertase el ingenio para servir á Dios con sus estudios. No le salió en vano esta petición, porque de improviso salió tan excelente estudiante, y de tan agudo y profundo ingenio y habilidad, y con una tan grande vocación á la Compañía, que todos los que vieron el efecto, reconocieron el Patrocinio del santo, atribuyendo á mudanza sobrenatural la de su ingenio y capacidad no pensada. Finalmente, con estos y semejantes frutos y colmada cosecha, comenzó y ha ido prosiguiendo este Seminario, que ha dado á la ciudad de los Angeles y á su Iglesia varias personas de muchas prendas, doctas y honradas, que pasando adelante con sus estudios, han ocupado en ella puestos muy grandes y lucido con sus virtuosos ejemplos, á que desde su primera edad les inclinaron y aficionaron los de la Compañía, para que después diesen el fruto de señalados varones, así en las religiones como en la república. Este Seminario en lo material era bien acomodado, con sus salas capaces para la habitación del número de colegiales que en él de ordinario ha habido, cada una con título y advocación de algún santo. Y lo que más lo adornó es una hermosa y bien adornada capilla donde tienen de ordinario sus pláticas y oyen Misa. El altar es de una hermosísima Imagen de la Santísima Virgen con su Soberano Niño en los brazos, y á los pies el glorioso Patrón San Jerónimo, arrodillado ante la Madre y el Hijo, colocada en un tabernáculo de talla, obra muy acabada y de buen pincel, que ayuda á aumentar la devoción y piedad en los ánimos de esta juventud.

CAPITULO XI.¹

VIDA DEL P. DR. PEDRO DE MORALES, PRIMER RECTOR DEL COLEGIO DEL ESPÍRITU SANTO.

Aunque el P. Pedro de Morales dió fin á la carrera de su vida en el Colegio de San Pedro y San Pablo de México, pero á ninguna parte de esta historia se debe con mayores títulos la memoria de sus virtudes que al Colegio del Espíritu Santo de que hemos tratado, por el singular afecto que siempre le tuvo como obra suya y que podemos decir la sacó desde sus cimientos hasta dejarla adelantada en el estado en que hoy se ve. Fué el P. Pedro de Morales natural de Valdepeñas, en el Arzobispado de Toledo, hijo de virtuosos y calificados padres que le criaron en virtud y devoción. Ocupó sus juveniles años en el ejercicio de las letras, á que siempre fué inclinado y aprovechado tanto en ellas, en especial en derecho, que en breve tiempo ganó mucho nombre y opinión entre los doctos en esta facultad, y habiendo acudido después en la Cancillería Real de Granada á la abogacía, y

¹ Faltan los capítulos IX y X.

teniendo otros oficios honrosos y sido consultado para puestos mayores en otras Audiencias, considerando los riesgos que consigo traen las honras y vanidades del siglo, trató de darles de mano á todas y recogerse al puerto seguro de la religión, hollando todas las esperanzas que sus grandes partes le podían prometer. Pretendió muy de veras entrar en la Compañía de Jesús, y fué recibido en ella en la Provincia de Toledo, donde pasó su noviciado con grande edificación y ejercicio de mortificaciones. Acabado su noviciado y hecho los votos á los dos años, se sujetó á estudiar de nuevo con singular cuidado las Artes, acudiendo á sus lecciones con los demás Hermanos más mozos del Colegio, dando á todos ejemplo de compostura y modestia, y después con no menor vigilancia estudió la Teología, que acompañada con las leyes y cánones que sabía, le dió al Padre más nombre y calificación en todos los puestos en que vivió. Y como había entrado con tan gran nombre de letrado, los Padres de aquella Provincia para negocios de mucha importancia se aprovecharon de su industria, estudio y consejo en asuntos particulares y de monta que en este tiempo se ofrecieron.

El deseo que el P. Pedro de Morales tenía de dilatar la gloria de Dios y servirle donde hubiese más falta de Ministros, le trajo á las remotas partes de las Indias, pasando el año de 1576 á esta Provincia con los terceros sujetos que á ella vinieron, donde tanto como resplandeció su religión, letras y rara afabilidad, fué singular la acepción que cobró y la estima que le hacían así eclesiásticos como seculares, teniendo tanta gracia en ganar las voluntades de las personas más graves, príncipes y tribunales de este Reino con quienes trataba, que todos seguían su parecer y consejo aun en las cosas más arduas, fiando de su prudencia, poniendo en sus manos sus conciencias, sus personas y causas de mayor importancia que se les ofrecían. Y así con pocas palabras (que siempre fué parco en ellas), compuso negocios muy dificultosos, enmarañados y peligrosos que personas de autoridad y letras no habían podido por largo tiempo y con muchas razones vencer, y en llegando el P. Pedro Morales todo se allanaba y componía por sólo su respeto. Tanta era la opinión de su religión y letras.

Aconteció hallarse el Colegio del Espíritu Santo (que como hemos dicho gobernó muchos años) en necesidad muy grave y casi sin esperanza de remedio, y el Padre sin afligirse y con una grande confianza en la Providencia divina, salió por la ciudad, y el mismo día antes de volver á casa, le dieron de limosna más de ocho mil pesos para su socorro, con que quedó la necesidad remediada y el Padre confirmado á fiarse de la misericordia divina. Otra vez, habiendo quedado una doncella honrada con la muerte de sus padres huérfana y muy pobre, el P. Pedro Morales, deseoso de ayudarla, dió una vuelta por la ciudad y luego le recogió la dote necesaria para entrar á servir á Dios en un monasterio, y de este género le sucedieron otros casos semejantes que fuera muy largo el referirlos. Nació esto de tener el Padre unas entrañas de caridad con que á todos quería entrañarlos en su corazón y abrasar en Cristo. Ninguno se llegaba á él atribulado y afligido que no volviese de su presencia consolado. Todos en cualquiera necesidad y trabajo que les viniese, acudían al Padre por remedio, porque sabían que había de buscar nuevos modos y trazas para ayudarlos, por lo cual en su muerte, así los de casa como los de fuera